



CARNE

Muy temprano emprendimos el viaje; íbamos á ver lo más característico de este repentino y prodigioso emporio de los granos y de la carne; íbamos á ver los establecimientos de matanza de Armor & C^o, uno de los excelsos emperadores de la manteca y del jamón; aquí en Chicago entra un río de maíz y sale convertido en carne de puerco, puesto que este grano es el alimento principal del risible y solemne animal condenado por el hombre al pecado capital de la gula. Tuvimos tiempo apenas de visitar muy de prisa el enorme Hotel Palmer, el gigantesco *Auditorium*: mis lectores creerán que soy pródigo en epítetos de aumento; la verdad es que los Estados Unidos en su conjunto y sus detalles, merecen los susodichos epítetos y no merecen otros. El *Auditorium*, más grandioso quizás que los hoteles de primer orden de New York, con su teatro que puede contener algunos millares de personas, carece del supremo lujo de confort artístico del *Waldorf*, que está á punto también de tener su teatro, y cuyo jardín es ya uno de los centros de reunión del New-York elegante.

Nuestro amable *cicerone* deseaba que visitásemos el edificio en que se halla el palacio de Justicia: no quise. Cuando pienso en la ignominiosa *caserna* que en México llamamos «Palacio de Justicia,» no me quedan ganas de hacer comparaciones en detrimento de mi equilibrio biliar.

El cielo seguía gris; atravesábamos una especie de atmósfera de agua porfirizada, reducida á impalpable polvo que no ocultaba los edificios, que sólo los esfumaba en las aristas superiores, en los balaustres de las cornisas y los remates de las mansardas. El lago, acostado á nuestra izquierda, sin un sollozo, sin un murmurio, escamado levisísimamente de plata pálida, nos enfriaba con su aliento húmedo; un barco dibujaba su contorno fantástico en la neblina del horizonte.

*

Entramos por un largo viaducto de madera desde donde dominábamos los campos que por aquel lado limitan la ciudad, convertidos en vastísimos tableros en cuyas casillas, acotadas por recios travesaños de palo, se clasifican diariamente millares de reses.

En ciertas horas del día toman éstas el camino de las galerías-puentes que nosotros seguíamos en aquel momento, y penetran en el matadero; todo está muy limpio, lavado y restregado á porfía; pero todo permanece resbaloso, grasoso á fuerza de sangre y unto derramado por doquiera; un tufo de estiércol, de carne viva de animal muerto, se cuele por las vías respiratorias y determina desde aquel momento hasta la vuelta al aire puro, un estado de náusea contenida que no tiene nada de paradisiaco.

El escenario de los primeros pasos de esta roja y hedionda tragedia, es muy poco complicado; un alto envarillado de hierro que recorre los cuatro lados de una pieza que tendrá cuatro ó quinientos metros cuadrados; de las varillas cuelgan en argollas, para que puedan correr sin tropiezo é incesantemente, fuertes garfios de hierro. A un lado la entrada de las reses que se precipitan en una especie de estrecha canal de madera; en el borde

de esta canal funcionan dos ó tres hombres fuertemente musculados y armados de mazos de hierro. Pasando por un pavimento pegajoso de sangre y baba, subimos á un balcón desde donde se domina toda la escena.

Entran las reses, encajónanse solas, reciben sendos golpes secos en el testuz y ruedan fulminadas por un plano inclinado de donde, atadas rapidísimamente por las patas traseras, son enganchadas y levantadas á la altura de las varillas y allí quedan suspendidas, convulsas aún y con el hocico embadurnado de mucosidad y sangre. Todo esto es momentáneo; cien ó doscientas reses son sacrificadas en algunos minutos, y no bien se les ve izadas, cuando haciéndolas correr por las varillas quedan delante de los cuchilleros; con un sólo movimiento de estos artistas la yugulación se verifica; y mientras corre la sangre á negros borbotones de la enorme herida, las reses son empujadas á otra sección en donde, ya casi exangües, se las despoja de las vísceras en un santiamén, luego son despellejadas por otro regimiento feroz y rojo, y así llegan á la cuarta varilla en donde, dividida en dos cada res y enjugada con enormes esponjas, baja del gancho á unos carros *ad hoc* que violentamente las llevan á los refrigeradores. ¿El suelo quedará convertido en un hacinamiento horrible de escombros animales? No; la limpia se verifica con singular presteza; la sangre corre por los canales del piso; las vísceras, las cabezas, las pezuñas, las pieles, son recogidas instantáneamente y llevadas á departamentos especiales en que todo se aprovecha; de la sangre se obtiene una substancia con que se hacen objetos semejantes á los de goma laca; con los vellos de las pieles se hacen pinceles; y las pieles, la materia córnea y las pezuñas de los carneros van al Japón, y todos los intestinos, y todo, todo se utiliza. El ingenio de este pueblo para dividir el trabajo y para obtener de la industrialización de un producto natural un *máximum* de rendimiento, es pasmoso.

Mis compañeros se empeñaron en verlo todo; yo que tengo una evidente vocación al martirio, con tal que se pueda ir á él cómodamente, es decir, que yo quizás subiría al Calvario si pu-

diera hacerlo en funicular, me dejé guiar. Fuimos, pues, á ver matar algunos centenares de carneros; pobres víctimas, con sus grandes ojos humanos, llorosos, resignados; era aquella una degollación de inocentes, de símbolos de la inocencia; yo tenía ímpetus de romperles la cabeza á sus herodes. Luego penetramos en otro matadero, el de los cerdos; el negocio supremo en Chicago: ¿no le llaman *Porcopolis*? ¿No es la tierra del jamón y de la trichina?

Tristes animales, mueren sin dignidad, mueren en caricatura; sus chillidos, después del silencio de los otros sacrificados, irrita; sus actitudes, su fisonomía, por decirlo así, son cómicas. Y luego, cuando se les ve pasar en una cadena sin fin por las canales llenas de agua caliente, con unas figuras furiosamente ridículas, para ser *epilados* primero y despellejados después, la risa se vuelve carcajada. ¡Qué injusticia! Era la nuestra una risa que tenía algo de lúgubre y nos dejaba descontentos de nosotros mismos.

Después visitamos los departamentos en que doscientas muchachas, hermosas algunas de ellas, hacen paquetes de picadillo que olía muy bien y á mi me produjo náuseas. En seguida vimos hacer mantequilla con aceite animal—margarina—y un poco de crema. De la colicucción de estas grasas resulta la mantequilla que comen las tres cuartas partes de los yankees y que están comenzando á hacernos comer á nosotros. Es infame; cuando al calor de la boca se líquida, se siente que es aceite; es una iniquidad. Yo decía para mi colete: con su pan se la coman, y juré no volver á comer mantequilla en los Estados Unidos, y lo cumplí. Pasamos por los refrigeradores, inmensas catedrales de carne, formadas de diez ó doce naves, cuyos rojizos calados muros están hechos de mitades de reses colgadas en interminables hileras, bajo un frío polar; nos enseñaron un trozo de carne incorrupta que tenía veinte años. Tiritando, estrangulado el estómago por el horror y el asco, impresionado por el tono neutro de muerte industrial que allí reinaba, pensando que la premisa obligatoria de todo jamón sabroso era la ejecu-

ción de uno de esos gordos y ventrudos personajes, cuyo risible martirio acababa yo de presenciar, salí del matadero, dejándome referir que en esa sola casa de *Armor and Co.* se habían matado ese día cinco mil cochinos y pueden matarse diez y seis; tres mil cuatrocientos carneros y siete mil doscientas reses. Supe también que los ochocientos ó mil obreros que allí trabajan ganan diez ó quince centavos por hora, que las rayas y gastos suben á 120,000 pesos mensuales y otras cosas que he olvidado; mi memoria no tenía en aquellos momentos su plasticidad acostumbrada.

*

Toda la ciudad me parecía hecha de carne grasosa y sanguinolenta; cuando en los aparadores de las tiendas de comestibles ó en las puertas de los *restaurants* veía yo, y esto se ve cada veinte pasos, un gran carnero desollado, purpúreo, rico en tornasoleados músculos envueltos en su aponeurosis, gruesa malla de adiposidad muerta, me invadía un asco inefable. Mientras mis compañeros, bajo la hábil dirección de Berriozábal, comían copiosamente en un inmenso salón cuyos muros y techos eran espejos, yo tuve que circunscribirme á una taza de té y á la audición de una indefinida repetición del valcesillo de moda, tocado por una orquesta más ó menos italiana ó húngara, y por un místico *harmonium*. Hubo algo menos monótono por fortuna: un grupo de jóvenes de la flamante Universidad de Chicago invadió el restaurant; armados de pintorescos garrotes con moños del color distintivo de éste que será un plantel maravilloso, y *guturando* en coro no sé qué breve y jocoso estribillo, se sentaron en derredor de una gran mesa y se dispusieron á comer alegremente; aquellos muchachos, á pesar de ser sajones, tenían la sangre efervescente como los vinos espumosos; no hay mejor Champagne que la juventud.

Las grandes Universidades hoy en plena actividad en otros Estados y las en formación de Chicago y San Francisco, cuyos egresos superarán á cuanto gasta nuestro gobierno en la Ins-

trucción Pública, pondrán rápidamente á la Unión en la categoría de los grandes pueblos creadores de civilización. Nosotros, repitiendo como *ritornello* eso de que el pueblo americano es un pueblo esencialmente práctico, queremos decir que los *yankees* desprecian todo cuanto es teoría y ciencia pura ó encumbrada filosofía. Error inmenso; los centros de enseñanza superior, entre nuestros vecinos, son laboratorios tan admirablemente dotados de instrumentos de progreso intelectual, que estos diablos de hombres que lo ambicionan todo y todo lo logran, que conseguirán, en el siglo futuro, el centro de gravedad de la elaboración de la Teoría, será probablemente norte-americano. ¡Cuándo tendremos nosotros, no ya una universidad de Chicago, sino una escuela superior, una sola!

*

Pensando en estas cosas semi-tristes, penetré en un café cantante (llamémosle así). Abajo había una gran cervecería en que entraban y salían alegremente muchas señoritas que ahí desembarcan de todos los continentes, sabiendo que Chicago es uno de los principales mercados de carne del mundo.

En aquel teatro asistimos á unas *tandas* divertidísimas; en primer lugar porque no había cantos de negros, capaces de sugerir el suicidio con su monotonía zoológicamente melancólica; en segundo lugar porque, en vez de cantos negros, escuchamos cantares irlandeses.

Nos parecieron llenos de melancolía ardiente, dignos del país del arpa; dignos de la Isla Verde; dignos del verde mar. ¡Y los bailes! tan simples, quiero decir, tan sencillos, tan inocentes como bailes de niños, encantadoramente insípidos; ¡qué bonito todo esto! Yo tengo una gota de sangre irlandesa en las venas, y aquella gota me tiñó de irlandés toda la sangre al oír esos cantares, y al ver á las cantadoras; dos de ellas, sobre todo, eran por la armonía perfecta de las líneas, por el color suavísimamente rosado de la piel y del cabello, por la profunda obscuridad de los

océánicos ojos azules, verdaderos tipos de belleza. Esta raza céltica hace más fina y más poética, digamos, á la raza sajona cuando con ella se mezcla, y aquí en los Estados Unidos crece y se multiplica con tal vigor, que acabará por absorber toda la savia del árbol sajón, ó la mitad de esa savia; la otra mitad corre de cuenta de los alemanes. Ya verá Inglaterra un día lo que de todo esto resultará; Irlanda está destinada á ser *la cuestión de Cuba* de mediados del siglo próximo.

En segundo lugar, una orquesta árabe *dejó oír* sus expresivas y desapacibles inarmonías; no sé para qué las dejó oír; esa música debía siempre ser subjetiva, existir en el fuero íntimo, como los casuistas decimos, y allí permanecer inviolable y muda. A compás de aquellos agrios atabales y roncadas guzlas empezó á moverse una mujer, lentamente primero, en girada rapidísima después, y al fin vertiginosamente; casi no se veía la figura y sólo se advertía el movimiento; cuando la joven rotatoria terminó su danza inverosímil, nuestra situación era imposible, estábamos contagiados, nuestros nervios habían llegado á una tensión dolorosa, íbamos á ponernos á bailar también; nos explicábamos las rondas prodigiosas de los derviches en las mezzitas de Oriente.

Vimos luego el *cuchi-cuchi*, la famosa danza del vientre, bailada ó expresada, diremos, por una egipcia de grandes ojos urentes, negros como la hoguera del pecado, de gran boca roja, á manera de herida abierta, y espantosamente sensual sobre la dentadura de marfil africano. A compás de un rítmico movimiento de caderas, el vientre desnudo comienza por plegarse en ondas concéntricas y acaba por verdaderas gesticulaciones convulsivas que le dan un siniestro aspecto de mascarón de fauno epiléptico; no he visto nada ni más curioso ni más horrible. A seguida una blondina y enjuta americana se presentó á hacer lo mismo, y á pesar de sus abominables contorsiones, no logró sino hacer reír; era la caricatura odiosa y repugnante del *cuchi-cuchi*. No, los cabellos rubios no casan, sino con el sensualismo inconsciente de Ofelia ó con el pecado sentimental de Gretchen,

no con este animalismo erótico de las regiones que el desierto lame con su lengua de fuego.

Dos muchachas siamesas simpáticas, risueñas, bestiales, de abultado estrapontín, como las hotentotas que llevan á la espalda á sus hijos parados en verticalidad perfecta, maravillas de *esteatopigia*, dijeron también, acompañadas de guitarras primitivas, guitarras de la época cuaternaria, unas melopeyas lentas, lánguidas y opacas. Tenían, desde medio muslo, las piernas y los pies desnudos, con unas ajorcas en los tobillos, capaces de servir de cintura floja á la menos esbelta de nuestras pollas. Y sin embargo, aquella pareja de paquidermos adolescentes, se movía con cierta graciosa agilidad sobre sus bases que parecían atacadas de elefanciasis. Hondamente hastiados, cansados y enervados, abandonamos aquel lugar.

*

De focos como éstos, irradian las líneas negras de una inmensa red de impureza cosmopolita que envuelve al Chicago nocturno. Centenares, millares de sacerdotisas de la Astarté internacional, vagan entre la sombra ó se reconcentran en el bajo y pestilente tugurio negro ó en magníficos palacios, donde los opulentos retretes en que se sacrifica á todos los vicios en todas las formas, semejan fragmentos vivos del *Festín de Babilonia* de Rochegrosse.

Un joven médico americano que ha estado en México y que nos acompañó á nuestro hotel, nos detallaba los ritos de estos nefandos cultos, que sería imposible transcribir, ni en latín siquiera. La civilización tiene sus inmensas cloacas á donde va todo lo que tritura, desorganiza y defeca, para hacer la dicha precaria de unos cuantos grupos selectos; es el sistema de *tout à l'égout*. En ese albañal florece, hija de la miseria y de la noche, la inmensa flor negra del vicio.



RUINAS

ESTAS formidables ciudades americanas no son para vistas en dos ó tres días; se hacinan de tal modo en el sensorio las imágenes y las impresiones, y cansan por tal extremo los esfuerzos para retenerlas, que acaba cualquiera por sentirse enfermo. Este Chicago renacido después del incendio de 1871 como por ensalmo—sesenta mil edificios en treinta años—con sus avenidas interminables, mal pavimentadas, bordadas de altísimos muros cuadriculados por aberturas iguales, sin ornamentación ninguna, especie de murallas ciclópicas que se suceden de manzana en manzana, á veces interrumpidas por edificotes oscuros, ricamente columnados de mármol ó pórfido, ó por brechas cerradas con maderos y donde aun no hay construcciones, ó por casas en vía de erección, y que así, en inmensos bloques y por medio de mecanismos que funcionan admirablemente, se elevan á muchos metros sobre el nivel del suelo para dar entrada á dos ó más cuerpos nuevos, este Chicago parece á propósito para dejar en el cerebro la impresión y el recuerdo de una Babel de las regiones frías.